

Presencias y ausencias

La mirada de Xavier Mascaró bebe de las culturas antiguas y su forma de entender el mundo.

Marga Perera

Foto: Lucila Ramos

Xavier Mascaró nació en París (1965) de padres catalanes; formado inicialmente en Barcelona, su vida artística ha transcurrido entre Londres y Madrid y, al otro lado del Atlántico, entre Nueva York y México, donde surge su conexión con el arte prehispánico, en el que ha descubierto la atemporalidad y la universalidad que comparte con las culturas antiguas mediterráneas. “Siento esas culturas especialmente cercanas, soy mediterráneo”, de ahí la influencia que han ejercido en su obra dioses, héroes, seres mitológicos y chamanes. Aunque despuntó como pintor, su principal actividad se ha basado, sobre todo a partir de la década de los noventa, en la escultura de hierro, un lenguaje que ha dotado a su trabajo de cierta raigambre tradicional, frente a la preponderancia de las instalaciones multimedia entre los artistas de su generación. Memoria, tradición e inconsciente colectivo se funden en la visión contemporánea de Mascaró que ha podido verse en recientes exposiciones en la galería Proyecto H, con sede en Madrid y Ciudad de México, y, de forma permanente, en la colección de Arte Público de Barcelona, concretamente en el barrio de Poblenou, delante del Museu Can Framis, donde fueron instaladas tras ser adquiridas por la Fundació Vila Casas. Para Mascaró, “es importante que el arte salga a la calle porque es una manera de invitar a la gente a vivir la cultura”.

¿Cuál fue su primera experiencia memorable con el arte?
Recuerdo haber visto de niño los libros que tenían mis padres con reproducciones de pinturas. Me provocaban curiosidad y fascinación. Pensaba que quienes las hicieron debían haber

sido gente muy importante para que estuvieran sus imágenes en los libros...

Estudió Bellas Artes en Barcelona, ¿cuándo empezó a sentirse artista y quién le dio su primera oportunidad?

Decidí dedicarme al arte muy pronto, a los 13 años. Empecé haciendo aguafuertes con planchas y ácidos en mi habitación, siguiendo instrucciones de un manual antiguo que había comprado en una tienda de materiales. Mi primera venta fueron dos dibujos que me compró un amigo de mi padre que había venido a cenar a casa. Yo debía tener unos 14 años... me pagó creo que mil pesetas por cada uno y me quedé tan contento. En cuanto a mi experiencia en la universidad, fui sólo 15 días a clase en toda la carrera, aunque frecuentaba la cafetería de la facultad para ver a mis amigos, y tuve algunas charlas muy iluminadoras con profesores como Ferran García Sevilla y Xavier Grau. Pero no me gustaba el ambiente, demasiado ‘ego’ flotando en la atmósfera... Prefería encerrarme en mi taller del número 8 de la calle Assaonadors, en Barcelona. Trabajaba muchas horas, a veces hasta la madrugada. Tanto en grabado como en pintura, al principio, y posteriormente en escultura, he sido autodidacta. He aprendido por el proceso de ‘ensayo-error’.

Ha vivido en Nueva York, ¿cómo definiría la experiencia?

Mi primer estudio lo abrí en el barrio de Chelsea en 1996. Estuve 15 años a caballo entre Nueva York y Madrid, donde tenía mi otro taller. Nueva York cambió mi carrera. Conocí a mucha gente y surgieron oportunidades que nunca hubiera tenido de haberme quedado en España. Fue una experiencia





muy enriquecedora a nivel personal y profesional. También para mis hijos Gabriel y Lidia, que vivieron unos años allí cuando eran pequeños.

También ha residido en Londres donde expuso en la galería Saatchi. ¿Qué supuso para su carrera? Disfruté mucho de tener un estudio en Londres durante una temporada. Es una ciudad que me encanta... es la más cosmopolita. Saatchi es una galería emblemática. Como espectador no me perdía sus exposiciones que me dieron a conocer artistas alemanes, coreanos y chinos. Yo expuse en el contexto de una muestra temática sobre arte latinoamericano (me considero tanto español como latinoamericano por mi desarrollo en los últimos años). Fue una exposición importante, que ocupaba la mitad de una planta y el acceso al edificio, en el exterior, y mi obra consiguió gran visibilidad. Fue una de las presentaciones con mayor repercusión en mi carrera, junto a la del Palais Royal, en París, y la del Paseo del Prado, en Madrid.

¿Cómo surgió su fascinación por las culturas antiguas mediterráneas? Bueno, soy mediterráneo, siento esas culturas especialmente cercanas. Es una región que fue cuna

de varias civilizaciones. Aquí empezó todo. Me fascina el carácter atemporal y universal de las obras que dejaron quienes vivieron entonces en esta zona. Son la prueba de que en el fondo tenemos todos, desde siempre, sentimientos parecidos... idénticas preocupaciones, pasiones y temores. El arte es un vehículo que transmite todo eso a través del tiempo y de la distancia. Aunque parte del significado se pierda en el camino, lo esencial permanece.

¿Y por las culturas prehispánicas? Esa misma atemporalidad, esa universalidad, está presente en sus obras de arte. Son piezas vibrantes, vivas, llenas de fuerza.

Cabezas, máscaras, barcas... ¿le atrae el Más Allá?, ¿el inconsciente colectivo? Me obsesiona la idea de la presencia, que el arte sea capaz de transportar. Más allá del tiempo, y a pesar de la ausencia de quien la creó, su esencia se transmite y se recompone en la mente de otros que nunca le conocieron.

¿Ha tenido alguna relación con el mundo chamánico? Alguna. En una ocasión una mujer-chamán en México efectuó una 'limpia' de nuestra casa, y otra vez a mí me 'protegió'



‘El arte transporta la esencia de su artífice’

mediante una ceremonia que me pareció muy hermosa. Es un mundo que me produce gran curiosidad.

¿Por qué se siente tan conectado con la cultura mexicana?

Porque es fascinante, me encanta su gente, la cultura popular, el gran arte de las culturas prehispánicas, la arquitectura, la manera en que utilizan el color en las fachadas de las casas, en las artesanías, la ropa, la cultura de la música y la vida en la calle, las diferentes gastronomías de cada región, los paisajes... ¡mil cosas!

¿Qué le llevó a vivir en México? Dany, mi novia. Es mexicana. Justo estaba pensando en cerrar mi estudio de México, para concentrarme en el de Londres, cuando la conocí. Cambié de idea al instante.

¿Cuáles son sus referentes? Miles... Muchos de ellos anónimos, se encuentran en los museos de arqueología como el del Cairo, o en el Metropolitan, el British Museum. Hay muchos artistas contemporáneos que me interesan, demasiados para nombrarlos.

¿Trabaja con asistentes? Sí, porque los procesos de realización de mis obras son lentos y laboriosos. Trabajar con ayudantes me permite ganar tiempo en las fases más técnicas de la elaboración.

¿Qué significó para usted que la Fundació Vila Casas donara a Barcelona *Los Guardianes*? Una iniciativa generosa y un modelo a seguir. Apoyar el arte, acercarlo a la gente, regalarlo a la ciudad, es un gesto hermoso además de muy necesario.

¿Cuáles son sus lecturas favoritas? Me encanta leer ensayo, especialmente de divulgación científica. Entre los últimos libros que he leído está *La realidad no es lo que parece* de Carlo Rovelli, que me encantó. Ahora estoy releendo *Nacidos bajo el signo de Saturno*, de Rudolf y Margot Wittkower, acerca del temperamento de los artistas.

Foto: Cortesía Proyecto H. Madrid-Ciudad de México